

HUMO DORADO

Comedia en Dos Actos

POR

N. Yáñez Silva

Estrenada por la Compañía de Comedias de Juan Balaguer, la noche del 23 de Diciembre de 1912 en el Teatro "Santiago", de Santiago de Chile.

(A la memoria de Juan Balaguer, gran cómico y maestro de cómicos)

REPARTO

RAUL [28 años].....	Torner	Pepe [28 años].....	Aguado
ELENA.....	Concepción Catalá	GREGORIO [50 años, marido de Luz].....	M. Balaguer
GONZALO [60 años, vejete verde].....	Juan Balaguer	LUZ [30 años].....	Sra. Féros
SEBASTIAN [60 años, mas o menos verde].....	Adame	GRACIELA [18 a 20 años].....	Carmen Catalá
JULIO [25 años].....	José Balaguer	HIGINIO [30 años].....	Tudela
		MATILDE [criada].....	N. N.

ACTO I

(La acción en el campo)

Un hall. Al fondo puertas que dan a un parque, es la tarde.

ESCENA I

ELENA Y RAUL

RAUL [*paseándose inquieto*].—Son las dos. De un momento a otro debe llegar ese telegrama. Si parece que los jurados no comprendiesen esta inquietud!

ELENA [*mirándolo con tristeza*].—Nunca te he visto así, ni cuando nos casamos... Cálmate, eso llegará. Por otra parte, suponte tú...

RAUL [*irritado*].—¡Calla, tú siempre con esa duda!

ELENA.—No es duda: es tan solo dar a las cosas el valor que tienen.

RAUL.—Para mí, el fallo de ese jurado es todo.

ELENA.—Lo comprendo; pero te preocupa eso mas de lo que debiera preocuparte.

RAUL.—Siempre igual! Si pareces que tú fueras la primera que te empeñas porque fracase.

ELENA.—Interpretas mal mis palabras. Es verdad que cuando tú te olvidas de mí por tus cuartillas, siento envidia de ellas.

RAUL.—Y por eso deseas mi fracaso; eres la única que no crees en mí.

ELENA.—Nó: la que cree en tí mas que en nadie, porque ante todo te quiero, y el cariño es fé y

esperanza. Los demás, esos que te rodean, te engañan con halagos.

RAUL.—¿Todos?

ELENA.—Todos... hasta...

RAUL.—¿Hasta quién?

ELENA.—¡Hasta Pepe!

RAUL.—¿No vez? Pepito es mi único amigo. El siempre me ha ayudado con sus entusiasmos y sus consejos. Estás celosa de Pepe. ¡Es el colmo!

ELENA.—Estoy celosa de todos, porque todos se interponen para que vivas mas cerca de mí!

RAUL.—¡Pero si esto que tú aborreces es mi vida! ¿No comprendes la dulzura de saborear un triunfo después de largos días de fatiga?

ELENA.—Lo comprendo, mejor que nadie; pero quisiera que no me abandonaras por eso que tú llamas gloria!

RAUL.—Si hasta en nuestras horas íntimas, te retraes y parece que tus ojos no se entregan a los míos. La duda hasta entonces, amargándome!

ELENA.—Porque quisiera entonces decirte, que robándole a esa gloria un poco de cariño, me lo dieras a mí,—compréndeme,—para compartirla y verla pasar a tu lado sin envidiarla.

RAUL.—Aguzas tu lenguaje para convencerme, y me tiendes esos lazos con apariencias de sinceridad... [*Elena se aflije*] Ya empezamos. Vaya! no creo en tus lágrimas, no creo en tus palabras!...

ELENA.—Pero a lo menos, cree en mí, Raúl... [*mirando hacia el parque*] Vienen tus amigos del parque...

RAUL.—[*Saliendo*] Oh! estas mujeres!...

ESCENA II

ELENA, PEPE, SEBASTIAN, GONZALO

PEPE—[*entrando seguido de Sebastián y Gonzalo. Pepe es el tipo del literato gomo y egoista*] Señora, Ud. aquí la creía con Raúl.

ELENA—Raúl no me necesita. La literatura y Uds. se encargan de alejarlo.

PEPE—Cosas de joven! Inquietudes que ya pasarán. Luego que sepa el fallo del jurado, todo volverá a su estado normal.

ELENA—Sí, a forjarse nuevos sueños. Uds. los artistas son malos para maridos. Lo sé por experiencia. [*a Sebastián que junto a Gonzalo hojea un periódico*] ¿Qué dice Ud. don Sebastián?

SEB—Pero qué manera de hacer hoy día los periódicos! Se encargan de redactarlos las casas comerciales, y con avisos. En mis tiempos, cuando era periodista, hacíamos el periódico a cabezazos.

ELENA—[*riendo*] Debían tener aquellos hombres la cabeza muy dura...

SEB—No, quiero decir que lo redactábamos con la cabeza, y no con tijeras y linógrafos como ahora.

GONZ—Respiro! No me figuraba yo, don Sebastián, que Ud. un hombre tan pulcro y metódico fuera a escribir de ese modo, a cabezazos.

SEB—[*Aparte a don Gonzalo*] Ud. no me perdona la jugarreta que le hice con Matildita, la criada, que a Ud. le parece ni de encargo para unas vacaciones.

GONZ—[*bajo a don Sebastián*] Diga más bien nos parece, tunantón, y a sus años!...

SEB—[*a Elena*] Sí, señora. Lo de Raúl son inquietudes de joven. Tiene razón. Está en la edad... [*se acerca a don Gonzalo y desprende de su solapa una hilachita*] Un momento... una hilachita don Gonzalo... [*a Elena*] En la edad en que se forman las personalidades. Pero Raúl la adora a Ud. Quiere ganar un nombre para su amor mismo, para embellecerlo.

PEPE—Y lo ganará; Raul es todo un temperamento. ¡Qué manera de acuarlar la frase! Es lo que yo digo: lo comprende el público a medias.

ELENA—[*intencionada*] ¿Y Ud. también?

PEPE—¡Por favor, señora...! No es la primera vez que deja deslizarse en la conversación esas interrogaciones irónicas, que dichas por labios que sólo conocen la amabilidad, parece que tienen una crueldad aguda.

ELENA—Ud. me comprende. No finja. Quien pretende ser sicólogo, no puede ignorar que tenemos las mujeres el instinto de la penetración rápida.

GONZ—Eso lo puede probar don Sebastian.

SEB—¿Yo? Veinte años de viudez, me han hecho olvidar todo lo que se refiere a psicología femenina. Tengo, como quien dice, el instinto de penetración oxidado.

PEPE—Ud. envinó a los cuarenta, don Sebastian...

ELENA—Precisamente, si dice que tiene sesenta años.

GONZ—Siempre que la química no lo abandone. Yo, con permiso de mi amigo, sumaría diez más...

SEB—Lo que Ud., se resta, acaso.

GONZ—No he explotado la coquetería de la edad. En esto he tenido una franqueza casi insultante, como no comprometo a nadie. No tengo hijos...

PEPE—Apostaría que se quita más de quince...

ELENA—¡Qué nos diga la edad...! ¡Qué, la diga!

SEB—¡Qué la diga!

GONZ—Vaya, voy a ser franco...

PEPE—Se va a descosir el velo de algo que para todos iba siendo un misterio; un logogrifo, o algo parecido.

GONZ—Tengo cuarenta y cinco años...

GRAC—[*entrando*] ¡Miente don Gonzalo! A mí me dijo Ud., ayer cuando estábamos bajo los tilos, que solo tenía cuarenta, que estaba fresco todavía...

GONZ—¿Fresco? Lo diría por el aire que soplabo...

GRAC—Nó; lo dijo por...

SEB—¡Calla, Graciela! Haría una figura literaria.

GRAC—¡Nó! Como lo dijo, más bien hacia una figura ridícula... ¿Pero no está Julio aquí? Ando desesperada buscándolo por todas partes para preguntarle por esa novela de Farrère, «La Señorita Dax» que me encanta. ¡Que manera de hacer la de ese hombre!

ELENA—¡De hacer que, niña!

GRAC—¡Nada! Si es un tecnicismo literario que le he oído a Julio. ¿Pero no ha entrado por aquí?

ELENA—Debe estar en el invernadero, viendo los cultivos nuevos de helechos.

GRAC—Siempre que lo busco, él se esconde en el invernadero, y luego que a mí no me gusta ir a buscarlo al invernadero... [*se asoma a la puerta foro i llama*] Julio, Julio [*se oye una voz, la de Julio que responde:*] «¿Qué hay?» ¿Donde está? [*la voz:*] «Aquí, en el invernadero». No lo decía yo. [*cuando va a salir, le dice Sebastian*].

SEB—No vayas. Ya vendrá.

GRAC—Nó, papá. [*vase*].

SEB—Ha salido a su madre. Vive en perpetua inquietud. Y luego en este ambiente: el autor tal, el libro cual. ¡Está encantada la muchacha!

ELENA—¡Ah! Sí, este ambiente, el que adora Raul. ¡No sé que diera porque abandonara todo, y descanzara un año, un año solo! Yo también adoro el arte; pero hoy día el arte para mí, es como un enemigo invencible. Hay veces que me imagino que este amor por las letras, es como una enfermedad, una obsesión. Por eso casi todos los artistas son pálidos, melancólicos, aún en medio de la alegría. Me imagino que la gloria es como una mujer tentadora, que no se entrega jamás. Y por qué no he de confesarlo: siento celos de ella. En los primeros tiempos me encantaba que Raul me relatará sus proyectos, que escribiera a mi lado, mientras yo, sentada junto a las cuartillas, revolvía sus libros y sus papeles. Era «su musa loca», como él me llamaba. Pero poco a poco fué abandonando él a «su musa loca». Ya no hubo caricias, ya no hubo besos. Cuando trabajaba me prohibía que entrara a su cuarto. Sin embargo, había días en que yo me permitía las dulces locuras de otras veces. Pero una vez cerró para siempre la puerta de su pieza de trabajo. Fué el día en que ganó un premio de un concurso. Ya desde entónces la tarea fué más ruda, llegaron nuevos anhelos y nuevas ambiciones, se trabajaba hasta tarde, y aun muchas veces, en medio del beso con que me daba las buenas noches, se quedaba mirándome y me preguntaba: «crees tú que puede quedar bien así el final de este capítulo». Y hoy la pobre «musa loca» de los buenos tiempos es sólo un recuerdo, i su cariño, un

motivo literario olvidado bajo el ropaje de una frase.

GONZ—Oh! Pero Raul la adora a Ud.

ELENA—Mé adoró, dirá Ud., porque ahora quiere sólo su gloria y sus amigos.

PEPE—tiene derecho a ser ambicioso, será lo que él quiera.

ELENA—Jamás he dudado de su talento. Pero me siento sola, en medio de un ambiente ficticio...

PEPE—Como, ficticio! Ud. no dudará que nosotros queremos i admiramos a Raúl.

SEB Y GONZ—¡Ya lo creo!

ELENA—No quiero discutirlo. Pero... ficticio, mentido... Y perdonen Uds; no he aprendido aun a suavizar la verdad...

[*Entra la criada a buscar cualquier cosa. Don Sebastian la vé y la sigue disimuladamente.*]

SEB—Salgo a fumar un cigarrillo a la galería.

GONZ—[*miranda a Sebastian y a la criada que salen.*] Este don Sebastian me ha abierto el apetito también de... un cigarrillo... [*sale*].

ESCENA III

ELENA Y PEPE

PEPE—Las palabras de hace un momento, me han extrañado.

ELENA—¿Sí?... Pues perdone la franqueza; pero repito que este ambiente en que vive Raúl es ficticio.

PEPE—Ud creará que nosotros... es una cuedad suponer eso...

ELENA—¿Quiere Ud. aun que sea más franca?...

Pues ninguno de Uds cree en Raúl... Son sus amigos, porque aun no es tiempo de ser su enemigo declarado, porque a Raúl le falta mucho para llegar.

PEPE—Por Dios, señora. Nos ofende. No está viendo Ud. como somos para con él... Esta temporada que hemos venido al campo a pasar en su compañía...

ELENA—¡Apariencias! Se aprende a finjir como se aprende a hacer frases, como Uds. dicen.

Las mujeres tenemos el don de ver bajo los rostros, y yo he visto mucho...

PEPE—[*Juntando su silla a Elena, con tono confidencial*] Bajo los rostros, sí, bajo el mio... y habrá visto celos para con él, a los que no tengo derecho... celos porque...

ELENA—¡Vaya! ¡No bromeé Ud!... Tengo el gran pecado de dudar de todo...

PEPE—¿Pero es que no le basta verme como vivo?

ELENA—Vive gozando de sus triunfos, recibiendo halagos, de mujeres hermosas...

PEPE—No hay mujeres ni más ni menos hermosas... Hay sólo una, Elena, ¡Qué a todas horas está ante mi vista, que es cruel, que es fría.

ELENA—[*Luchando con sus sentimientos, y sin levantar la vista*] No me hable así: me produce un malestar extraño...

PEPE—No hago otra cosa que pensar en este cariño...

ELENA—Cariño que ofende a su amigo más íntimo.

PEPE—No analicemos esta pasión. Es culpable; pero acaso de ella no tengo responsabilidad. Son las circunstancias favorables para llegar a

esto... La noche del paseo... ¿recuerda?... cuando fuimos al bosque de los tilos... En mi mano, aún siento la sensación de su mano de seda...

ELENA—¡Oh! Por Dios... Fué una cosa casual... En la barandilla del break no había otro sitio, y entónces Ud...

PEPE—Entónces apreté esa mano, y ella no se esquivó...

ELENA—¡Calle!... [*Con gesto repulsivo. Luego volviendo a estar un poco más serena.*]

PEPE—¡Nó! Alguna vez he de hablar. Tengo un mundo aquí dentro que me tortura. [*Pausa*]... [*se acerca y va a cogerle la mano*]... Quiérame Ud. no me diga que soy cínico, que si es así, lo soy por Ud., lo soy de ira por las dificultades que me impiden llegar a Ud. Si alguien me dijese si soy capaz de... nó! nó!... pierdo a veces la serenidad... [*pausa*] Elena... quiérame Ud. comprendame Ud... Sería yo capaz...

ELENA—No sea Ud. audaz. Si yo se lo dijera a...

PEPE—¡Bah! [*sarcástico*] yo le diría lo de la noche de los tilos...

ELENA—Raúl... [*indicando que llega*].

PEPE—¡Qué!... ¡Imbécil!... [*la terminación de la palabra la dice bajo*].

ELENA—[*Al oír la expresión, sufre una conmoción a los nervios. Se va por una puerta lateral*]. [*Aparté*]. Si el cariño de éste sirviera para que Raúl... [*se vuelve a mirarlo*]. La noche de los tilos, te quise probar; ahora, guerra por guerra...!

ESCENA IV

RAUL Y PEPITO

RAUL—[*Por el fondo, inquieto*] El telegrama debía haber llegado. El jurado ha fallado anoche. He mandado a un sirviente que vaya a esperar al pueblo, hasta que llegue aquello.

PEPE—[*Sacando un cigarrillo con indiferencia i con cariño*] ¡No seas chiquillo! El premio del concurso es tuyo. Pero, hagamos cálculos... Se presenta Sierra: es bastante seco; luego Julio... un pretencioso; me he presentado también yo; pero para el segundo; del Valle y Sergio Granada, que son los mejores, les falta arte: son puro mecanismo, les falta eso... como diría... encanto, simpatía en el estilo... ¡vamos! eso que tú tienes... Yo estaría tranquilo... Es verdad que...

RAUL—Di lo que quieras, sin temor...

PEPE—He hablado hace un momento con tu mujer y...

RAUL—Ya sé... duda de mi éxito, hasta de mis amigos. Con decirte que ha llegado a decirme que tú...

PEPE—[*Con ansiedad*] Qué...

RAUL—Nada, hombre, una tontería de mujer visionaria: que si tú le dices esto o lo otro, que un piropo, que una galantería... nada, hombre, nada!... Yo que te conozco, me he reído...

PEPE—Yo lo decía hace un momento que no había razón para dudar de tí...

RAUL—Y qué amargo es saber que no cree en nosotros la mujer a quien hemos entregado nuestro corazón y nuestro nombre!

PEPE—Por ahora, no te quejarás que te comprendemos nosotros y te queremos. Así se lo decía yo a ella...

RAUL—Chico, tengo que comunicarte un proyecto. ¡Qué proyecto!... ¡una realidad!...

PEPE—[*Con interés fingido*] Pero has escrito, algo aquí en el campo y no me lo has leído?...

RAUL—He querido probar el teatro.

PEPE—Magnífico, chico! Pero, a ver, cómo es eso?

RAUL—Una quisicosa, comedia moderna. ¿Qué te parece el nombre? «Los que triunfan».

PEPE—¿Cuántos actos?

RAUL—Tres.

PEPE—Supongo que no habrás buscado efectismos.

RAUL—Para tí, tendrá ese defecto. Tiene sus efectismos.

PEPE—Tendrás que mostrarme eso, y aunque no tengo tu autoridad en estas materias, me permitirás alguna opinión.

RAUL—Esta noche correjiremos. Has tú lo que quieras. ¡Ah! Pepe tu eres de los míos. Uno de los que más sinceramente me quieren.

PEPE—¡Que diablo! tienes que resignarte a esto.

RAUL—Pero aquí hace calor. Vamos a la galería, a beber cerveza helada, y de ahí observamos el camino. Es tarde ya y no tardará en llegar aquello. [*Salen cojidos del brazo*].

ESCENA V

GONZALO, CRIADA, LUEGO DON SEBASTIAN

CRIADA—[*Entrando de la galería hácia el comedor, con una bandeja con servicio de té. Detrás de ella Gonzalo con toda clase de precauciones*].

GONZ—[*Al entrar criada al comedor, la llama*]. ¿Tienes un fosforito, por casualidad?

CRIADA—[*Sacando fósforos*]. Ud. y don Sebastian, siempre andan pidiendo fuego.

GONZ—[*Qué quieres! [encendiendo un pitillo] te lo pedimos a tí, que llevas en los ojos una hoguera*].

CRIADA—[*con desenfado*]. ¿Sí? Vaya ¡no lo sabía!

GONZ—[*en actitud maliciosa*]. Y a que no sabes tampoco de qué color tienes los ojos.

CRIADA—Negros, para servir a Ud.

GONZ—¿Para servirme a mí? [*mira a todas partes*]. No te creo. Pruébamele de alguna manera.

CRIADA—Siempre Ud. de bromas, como su compañero, don Sebastian, que le encuentra a una hilacha en todas partes.

GONZ—Cosas de viejo que chochea ¡No le hagas caso. Yo, ya es distinto. Yo te hablo en serio.

CRIADA—En serio, y con esa cara...

GONZ—A la verdad, que por darte gusto quisiera cambiarla; pero por ahora, no tengo otra.

CRIADA—Bueno, ¿qué iba a decirme? que tengo que preparar el té.

GONZ—Vamos. ¡No atropelles. Quería hacerte una pregunta. ¿Te gusta el campo?

CRIADA—Claro. En él nací y en el me he criado.

GONZ—Por eso estás tan bien formadita [*la mira cuidadosamente*].

CRIADA—¡Qué manera de mirar!

GONZ—Para que vayas acostumbrándote.

CRIADA—¡A qué!

GONZ—Nada, Matildita. Es que pensaba hacerte una proposición. ¿Te gustaría entrar a mi servicio en Santiago?

CRIADA—Según y cómo.

GONZ—¿De qué estás aquí?

CRIADA—De la mano.

GONZ—Pues en casa te tendría de la mano también, o de lo que tú quisieras...

CRIADA—¿Hay mucha familia?

GONZ—Muy poca:

CRIADA—Y caballeros jóvenes.

GONZ—Caballeritos jóvenes... [*con actitud melosa*] Mira, no sé que decirte. Eso es relativo... pudieras tú apreciarlo mejor que yo...

CRIADA—Quiero decir caballeros como don Raul o don Pepe...

GONZ—Tan jóvenes, nó... un poquito mayores, pero que te pueden dar más garantías... ¿Qué te parezco yo, por ejemplo? ..

CRIADA—[*lo mira y se sonríe sin atreverse a responder*] Vaya, don Gonzalo que tengo que preparar el té...

GONZ—No me respondes. En casa estarías bien. Una vez en ambiente, ya verías cómo soy un buen patrón, en el trato íntimo.

CRIADA—Eso depende... El sueldo... el quehacer... las personas de familia... la hora de recogerse... porque eso sí, soy dormilona... La hora de levantarse.

GONZ—Antipática, [*lo dice en chanza y con mimo*] Fíjate las condiciones: el sueldo serán cincuenta pesos, además de propinas y regalitos de Pascua, Año Nuevo y fiestas patrias... Quehaceres, muy sencillo: darme de comer a mí y a un mirlo, herencia de mi padre... Ah! y a una señora anciana, el ama de llaves... Te recogerías temprano, y te podrías levantar tarde. ¿Te parece? Si ante todo lo que quiero es tener una persona de respeto, porque el ama de llaves, a fuerza de tanto ejercer su oficio, se ha convertido en una chapa... y no funciona...

CRIADA—Devuélvame mis fósforos...

GONZ—[*se lo pasa y le coge la mano*] ¿Te conviene? Ya procuraremos después subir el sueldo.

CRIADA—Nó, señor. No me conviene; don Sebastian me ofrece más sueldo y más garantía [*se va canturreando*].

GONZ—[*admirado*] Don Sebastian!...

ESCENA VI

DICHOS Y DON SEBASTIAN

SEB—[*que ha oído lo último de la conversación*] Oh! Qué bien don Gonzalo ¿Qué hacía Ud?

GONZ—Ya lo vé: ponerme en ridículo!

SEB—No es ponerse en ridículo andar a caza, de amores.

GONZ—Caza de amores!... No bromée ¡Sería cogerle del morral lo que Ud. ya ha cazado.

SEB—[*Mira a todas partes*]. A la verdad...

Somos ya crecitos i podemos hablar con sinceridad... [*mira la solapa de Gonzalo*]... Espere... una hilachita... i un pelo largo... de procedencia femenina a no dudarlo.

GONZ—[*Mirando el cabello i riéndose*]. Y de un ángel, nada menos!

SEB—[*Indicando al comedor*]. Pero es que Ud. ha llegado ya hasta el cabello de ese... ángel?...

GONZ—Un cabello, sí, pero un «cabello de ángel» que he cogido en una visita al invernadero, [*rie*].

SEB—[*Como descansando*]. Eh. ¡Bromitas!

GONZ—Dos minutos mas de dua dy a Ud. se le puede ahogar con el cabello...

SEB—Sí, no estoy en mi estado normal. Cuando llegué al campo, pensé pasarlo en la mas absoluta tranquilidad. Ud. me conoce... mi método... mi género de vida... Pero hé aquí que me

levanto la primera mañana, y me siento otro. La brisa, este perfume agreste. La leche al pie de la vaca, que todas las mañanas me llevaba Matilde, me rejuvenecía... Y un día aquella muchacha, que era para mí un cardo sencillo y rudo, se transforma... y me suben a los labios los versos de la estrofa clásica, que recitaba en el colegio cuando era estudiante de literatura:

«Flérída para mí, dulce y sabrosa»
 «Más que la fruta del cercado ajeno»
 «Más blanca que la leche y mas hermosa»
 «Qué el prado por Abril de flores lleno»

GONZ—Don Sebastián, unámonos en un mismo dolor: somos víctimas de los encantos del campo. La leche al pie de la vaca nos ha caído mal!

SEB—Don Gonzalo, creo que más que la leche, la fruta del cercado ageno!... [se abrazan].

«Flérída para mí, dulce y sabrosa»

Sabe que en adelante la llamaré Flérída... viviremos en plena égloga!

GONZ—La muchacha va a creer que la insultan...

SEB—¿Pero no se ha fijado Ud. en ciertos detalles: aquel modo de nadar, tan rítmico. ese juego de ojos, esos... brazos... ese juego...

GONZ—Basta, don Sebastián, que tiene Ud. una manera de detallar!... y con este calor que hace... [se abanica con el pañuelo]... veintinueve grados a la sombra!... he visto en el termómetro de la galería... [se pasea sofocado].

ESCENA VII

DICHOS Y GRACIELA, JULIO, LUEGO LUZ GREGORIO Y PEPE. (Algunos se sientan otros quedan de pie)

GRAC—Estoy rendida, verdaderamente rendida [trae un libro].

SEB—Parece que hubieras dado una carrera.

GRAC—Hemos recorrido todo el parque, después de haber estado en el invernadero. Luego que a Julio se le puso que habíamos de coger una mariposa, sólo para probarme que aunque quitáramos de las alas del insectito, el polvo dorado, siempre la mariposa quedaba con vida.

GONZ—Y a qué venía eso?

JULIO—Una ingenuidad de Graciela [tipo petulante] lo de siempre.

GRAC—Ya te he dicho, que lo menos que me agrada es que me digas ingenua.

SEB—Pero vamos, explícate.

GRAC—Fué una discusión, un tópico filosófico... Yo decía a Julio que la virtud en las mujeres, era como el polvo dorado de las mariposas: una vez perdido, no se recuperaba jamás...

JULIO—Y yo te decía que el insecto vivía siempre aunque perdiese el dorado de sus alas.

GRAC—Y dime que sí... y dime que no... al parque a cojer mariposas. Total...

JULIO—Un cansancio inútil, una mariposa muerta... y nada en limpio!...

GONZ—Efectivamente, nada en limpio... un brazo de Graciela lleno de tierra húmeda... nada en limpio!... [señalando el brazo con tierra].

SEB—¿Qué significa eso, muchacha?

GRAC—Nada... [azorada] ...en el invernadero, talvez... en los cultivos de helechos.

GONZ—Nada!... Consecuencias del tópico filosófico!... De tal palo...

SEB—Está bien, en toda la tarde no te mueves de mi lado.

GONZ—[bajo a Sebastián] Para mí, que tendrá que moverse, compañero... porque cuando venga Flérída... no creo yo...

LUZ—[entrando con Gregorio que le trae un libro] [A Julio y Graciela] ¡Oimos los gritos de Uds. y nos fuimos a buscarlos. Si parecía que a tí te pasaba algo, Graciela!

GREG—[hombre grave y tonto convencido de la importancia de su mujer] Yo leía a Luz, en ese momento, una página del exquisito D'Annunzio, y me ví obligado a interrumpir, cosa que hago bien pocas veces, porque a ella le disgusta y a mí no me place incomodarla ¿Verdad Luz? [Luz coquetea con Gonzalo] No me oye... mejor, que se distraiga su espíritu que tanto ha trabajado en estos días... Leía, repito, una página, cuando oigo la voz de Graciela... Algo pasa, me dije, y cerrando el libro nos dispusimos... [mira a todos que no le hacen caso] nos dispusimos ella y yo... [al ver que continúan sin atenderle] están distraídos... será el calor?

LUZ—Y qué cuenta Ud. Julio, el gran trabajador? Ah! Leí hace días en «Selecta» una página suya delicadísima. ¿Era aquello inédito?

JULIO—Un trocito de una novela en preparación...

LUZ—¡Otra novela! Después de «Frivolidades» y de sus cuentos «Copitos blancos». Pero Ud. va a abarrotar la plaza.

SEB—No me dirá, [a Julio] ¿escribe Ud. durmiendo? por qué se le ve en paseos, en comidas, en teatros, en todas partes...

GRAC—[Entusiasmada] Que cuente Julio su vida íntima literaria! Me interesa tanto eso!

JULIO—[coquetón] Como la vida de todos; eso sí: un poco de método y la práctica...

GREG—[grave] ¡Oh! Yo pudiera contar cosas interesantes de la vida literaria de Luz.

LUZ—Por ahora no cuentas nada... ¡Ah! No vayas a perder la señal donde quedamos.

GREG—La tengo señalada con el índice [muestra el dedo y lo vuelve a colocar entre las páginas con gravedad] el dedo indicado para las señales...

GRAC—Que cuente Julio cómo trabaja.

JULIO—No hai nada de particular en ello...

GONZ—¿Pero cómo se esplican esos títulos?... digo títulos, porque libros he visto sólo dos suyos. Ud. nos ha hablado de dos dramas, tres novelas, dos colecciones de cuentos y una comedia.

JULIO—Me molesta la demasiada popularidad. Era lo que le decía al director de «La hoja». Me quería comprometer a cuatro artículos mensuales. No podía, ántes habría sido distinto... a los quince años, sí... pero a los veinticinco...

GONZ—[bajo a Sebastián] Este dejó la lactancia; según parece, para escribir un cuento psicológico.

LUZ—¡Pero diga cómo trabaja, no sea egoísta! GRE—Vaya, diga, Julio que Luz se lo pide, y cuando Luz se lo pide...

JULIO—Como decía, todo lo hace el método...

PEPE—[entrando] ¡Uf!... Ahí he dejado a Raúl... [mirando a todo el grupo] ¿estamos en familia? Ah sí... los de fuera... las precauciones nunca están demás...

SEB—Por favor, hombre, mira que de un mo-

mento a otro puede llegar alguien... y al fin y al cabo, estamos...

GONZ—Tiene razón don Sebastián, i ante todo es agradecido... vacaciones, leche al pié de la vaca... y una Flérida «dulce y sabrosa».

SEB—Es que al fin y al cabo...

GRAC—A lo menos por Elena, una muchacha tan nona...

PEPE—No se asusten. Si aún no he empezado [*criada sale del comedor hacia la galería. La sigue don Sebastián*].

GONZ—[*a don Sebastián*] ¡Plena égloga! Tras la zagala, el enamorado zagalejo.

LUZ—[*a Pepe*] Al fin, quién dice la verdad...

PEPE—Justo. Está Raúl insoportable... Tiene la pretensión del primer premio... Aunque el jurado sea muy benévolo, considerará...

JULIO—Que no se puede dar un primer premio a una obra mal planeada. Respecto a eso yo tengo mis ideas.

LUZ—Yo conozco un capítulo, el final. Tiene sus notitas felices...

PEPE—Pero en ningún caso eso formará opinión sólida...

GONZ—Hombre... a mí me gusta la novela de Raúl... es verdad que...

JULIO—Aquello no se sostiene.

PEPE—Ni hay arte...

LUZ—Ni observación... Y qué poca pericia para tratar la voluptuosidad.

GREG—En eso, Luz es una autoridad. ¿Recuerdas cuando escribistes?...

LUZ—No recuerdes nada ahora... no me pierdas la señal...

GONZ—Pero, díganme Uds. ¿Cómo se explica la popularidad de Raúl?

PEPE—Es una popularidad negativa, como dice Julio.

JULIO—Una mistificación del público. Se le conoce como se puede conocer el aceite de hígado de Bacalao, a fuerza de tanto ver el anuncio... No importa que el aceite no haga efecto.

GRAC—[*Entusiasmada*] Pero qué ingenioso ¡Tiene unas ocurrencias este Julio!

GONZ—Que a ti te conmueven, como la del polvillo dorado de las mariposas...

LUZ—[*a Graciela*] ¿Pero qué tienes en el brazo, Graciela?

GRAC—Fué en el invernadero, con los helechos...

GONZ—Consecuencias de las frases de Julio.

PEPE—A que no saben Uds. en qué piensa ahora, Raúl; digo mejor, que ha consumado. Nada menos que un drama en tres actos. «Los que triunfan», se llama. Se canta el éxito en un drama! Si le fracasara, se le podrían hacer chistes.

JULIO—Se le podría decir...

GRAC—Oigan lo que va a decir Julio, [*todos quedan pendientes de Julio*].

JULIO—Se le podría decir en un artículo... Bueno... Ya le haremos el chiste a su tiempo.

GONZ—Sí, porque desde luego podría tener demasiada popularidad, y eso molesta a Ud. Lo deploro por Graciela que se sentirá defraudada.

GRAC—[*mimosa*] Sí, Julio, qué egoísta eres!

GONZ—Egoísta... en mi tiempo se daba a eso otro nombre: falta de ingenio, *patosidad*, como tan gráficamente llaman a esos los españoles, aludiendo a la pesadez de los patos.

JULIO—[*alzándose de la silla*] Cómo. es eso! Qué dice Ud!...

GONZ—Un chiste de efecto inmediato, género clásico, que Ud. tanto desprecia, distinto a los suyos que hacen efecto a los ocho días.

PEPE—Eh ¡No haya duelos!... a un lado las espadas [*se interpone entre ambos en son de broma*].

GONZ—No se inquieten Uds. Pasó el tiempo de la capa y espada. Eso para el siglo quince: hoy, nos batimos a tijeras que es más cómodo y menos expuestos...

GREG—Tiene gracia, sí, tiene gracia ¿verdad Luz, que tiene gracia?

GONZ—Lo ha leído también Ud. en D'Annunzio?

JULIO—D'Annunzio! Nada más que un fino director de orquesta de la frase!

GREG—Oh! por Dios, D'Annunzio no es... pero... ¿Lo oyes, Luz?

JULIO—[*A Gregorio*]. Pero sabe usted lo que hace D'Annunzio... Lo que es D'Annunzio?

GREG—Yo, precisamente... sí... conozco al gran autor... pero decir... vamos... lo puede decir Luz...

LUZ—[*A Julio*]. Dejemos a un lado los autores extranjeros, y hablemos de Ud. Todavía no nos ha contado su manera de trabajar.

PEPE—Coquetón! Habla, que estás entre admiradores.

GRAC—[*Entusiasmada*]. Que cuente; que cuente, [*saca un cuadernito y lápiz para apuntar lo que Julio dirá*].

JULIO—Si se interesan, cederé... [*empieza con gravedad*]. Jamás escribo en Santiago obras de aliento... sólo crónicas, artículos...

GRAC—[*Apuntando*]... «Sólo crónicas, artículos».

JULIO—Despierto a las seis y media. Desayuno...

GRAC—[*Escribiendo*]... «Desayuna.»

JULIO—Luego me pongo a escribir en la cama hasta las once.

GRAC—[*Escribiendo*]... «once»...

PEPE—[*Demuestra incomodidad por la petulancia de Julio. Este continúa convencido de su importancia*]. Almuerzo.

JULIO—Salgo a pasear por el campo y regreso a comer a las ocho.

GRAC—[*Escribiendo*]. «ocho».

GONZ—No te molestes, Graciela, en escribir, que yo te daré todo eso impreso. Lo leí hace días en «Por esos mundos» en un reportaje a Jacinto Benavente. Le cambias tan sólo el nombre por el de Julio. Y basta!

JULIO—Cómo! Habrá sido una coincidencia.

LUZ—Claro que sí. Acaso dos literatos no pueden coincidir en su método de vida y de trabajo?

GREG—¡Qué duda cabe! Luz me ha dicho varias veces que su método de vida y de labor coinciden con el de George Sand [*Dice en francés el nombre*].

GONZ—[*Acercándose a Gregorio, y bajo*]. Lo siento por Ud...

GREG—[*Admirado*]. Por mí...? Bueno, yo no conozco a ese señor Sand, pero Luz... [*Luz se muestra disgustada*].

LUZ—[*Disgustada*]. Te equivocas: te he dicho con la Pardo Bazan.

GREG—[Sumiso]. No te discuto; pero sí mi memoria no me engaña, aseguraría que...

PEPE—Una idea!

GONZ—Hombre! Pero tiene Ud. alguna... Como siempre dice que en literatura las ideas son lo de menos...

PEPE—Qué ¡Esto no es literatura!... Tanta gente junta... y de fuera... podría causar alarma en la casa... es necesario que desfilemos... y de a uno...

GONZ—Y con las armas ocultas, para evitar sospechas... [Hace tijeras con los dedos y los oculta].

PEPE—Inició el desfile... [Va a salir cuando aparece Elena]... me cortaron la retirada... [Bajo a Gregorio... diga Ud. cualquier cosa... Todos sorprendidos].

GREG—Precisamente, leía yo a D'Annunzio, cuando...

ELENA—[Adivinando de lo que se trata]. Sí, cuando yo llegué...

GREG—Eso... eso es...

GONZ—Este hombre quiere hacer cómplice a D'Annunzio... [Aparte]. Además de considerarlo cualquiera cosa...

ELENA—De D'Annunzio, a Raúl, hay sólo la diferencia de nacionalidad, y que el poeta italiano ha de tener amigos... [Acentuando].

GONZ—[Aparte]. Uf!,... Esto se pone malo. Me líquido. [Va a salir cuando la criada aparece azorada y llevando en la mano una taza quebrada].

CRIADA—Señorita Elena!... señorita Elena!...

ELENA—Que pasa, mujer! [Don Gonzalo se detiene a examinar el desperfecto].

CRIADA—Que don Sebastián me ha hecho quebrar una taza...

ELENA—Sería una casualidad...

CRIADA—Con la mala costumbre que tiene de andar buscándole a una hilachas, me tocó... me tocó...

GONZ—Indica... indica el sitio, sin temor, para conocer la gravedad de la falta...

CRIADA—[avergonzada]. Fué por aquí, cerca del hombro... y como me hizo cosquillas solté la taza...

GONZ—Debieras haberle soltado también una bofetada!

CRIADA—Y como Ud. dice que lo que una quiebra...

GONZ—No tengas cuidado: se le harán pagar los desperfectos...

CRIADA—Y no contento con eso, me dijo... Flérida, y a mi no me gusta que me insulten, sin motivo.

GRAC—[defendiendo] Andaría papá sin anteojos.

GONZ—Seguramente... [a criada] y alégrate, niña... de otro modo, con seguridad de tacto, te quiebra el servicio completo!...

ELENA—Bueno, retirate [vase criada comedor].

SEB—[asomándose a una de las puertas que dan a la galería]. Unos anteojos! unos anteojos... [grita].

GONZ—¡Qué! no le es a Ud. suficiente una taza!...

SEB—Se ve un jinete por el camino, y Raúl quiere identificar el suyo!

JULIO—[Un jinete!... sale a galería].

GRAC—[tras de Julio]. El telegrama!

GREG—Pero ha dicho un jinete... Luz... un jinete [con calma] quisieras tú...

LUZ—[El resultado del concurso! sale rápida, Gregorio la sigue].

GONZ—[mirando al comedor] «dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ageno»... [mira a todas] aprovechémonos del pánico... [se siente ruido de tazas] y yo no soy... miope... [con cautela entra al comedor].

PEPE—[sijiloso acercándose a Elena]. ¿Qué responde de lo que le dije hace un momento?...

ELENA—[sijilosa] Le responderé en Santiago, la noche del estreno del drama... Raúl irá al teatro... Venga Ud. temprano...

PEPE—¡Te adoro! [Sale a reunirse con los demás]. Fuera se ven algunos que miran ansiosamente hacia el camino].

GRAC—[fuera]. No se vé todavía claramente...

RAUL—[emocionado. Fuera]. ¡Es él!... ¡es él!... empieza a galopar...

JULIO—A ver los anteojos!... Ya se ve mejor, pero no es él... el caballo es negro.

PEPE—Déjame a mf... Si... caballo negro...

RAUL—Precisamente el caballo es negro...

PEPE—Ahora lo cubre una nube de polvo...

GREG—¿Me permite Ud. don Pepe, los jeme- los?

LUZ—Tu no ves bien a la distancia.

JULIO—[finjiendo fasete]. Ni de cerca tampoco.

LUZ—¿Llevaba manta roja?...

RAUL—Sí...

LUZ—Pues el jinete trae manta roja... se vé claramente la manchita de color sobre el camino blanco, aunque la sombra de los árboles... y se verá mejor cuando salga de la Alameda... [un silencio] [se oye en el comedor ruido de cristales que se quiebran. Un silencio y aparece inquieto Gonzalo con una mano majada en leche].

GONZ—[solo] Decididamente entre don Sebastian y yo... liquidamos la vajilla... dulce y sabrosa más que la fruta...

VARIAS VOCES AFUERA—¡Es él!... es él!...

ELENA—Dios ¡mío! si Raúl triunfará.

RAUL—Da carrera al caballo... Yá... Yá está aquí!... [el grupo desaparece un momento con ruido de voces, don Gonzalo se dirige a la galería, cuando todos en tumulto se lanzan a la sala. Viene el último Raúl con el telegrama en la mano. Todos lo rodean. Lo abre con turbación, vacila un momento antes de leer, i luego]...

RAUL—[leyendo] «Anoche... reunióse jurado... después»... A ver... a ver... [busca entre el grupo a Pepe] yo no puedo...

SEB—Yo leeré... [coje el telegrama y como no vé, se cala los anteojos con lentitud].

LUZ—[arrebátandole el telegrama] «Anoche reunióse»...

GONZ—No vamos a pasar de la reunión.

RAUL—[coje a Pepe y arrebátandole a Luz el telegrama, se lo pasa, quedando él junto al hombro de Pepe] Lee... lee tu, Pepe...

PEPE—«Anoche reunióse jurado... después grandes dificultades... Tras larga deliberación, acordó primer premio novela «Consuelo», tuya—[titubea]...

ELENA—[con alegría] ¡Raúl!...

RAUL—¡Calla!

PEPE—Y segundo a [leyendo] «Misterios de la vida», de Pepe... [flaquea la voz] mención Honrosa a «Frivolidades», de Julio.

JULIO—[másculla] ¡Maldito!...

PEPE—[*leyendo siempre*] «Diarios de la mañana publican tu retrato, grandes elogios».—Juan».

[*Al terminar se hace un silencio ligero*]. Pepe dobla con displicencia el telegrama [Pepe y Julio se miran].

GREG—[*bajo a Luz*] Nada dicen de tí. ¡Y cuánto me costo copiar aquello! [*Pausa*].

RAUL—[*mirándolos extrañado*] Pero nada me dicen, ¿qué pasa?... [*Elena observa a todos con sonrisa irónica*].

SEB Y GONZ—¡Un abrazo, Raúl, muy sincero!

PEPE—Hombre, un abrazo ¡Yo te lo decía!

JULIO—Ya lo comentábamos hace un momento.

LUZ—¡Mis parabienes!

GRAC—[*mirando a Julio*] Igual cosa digo.

RAUL—Pero déjenme que yo también los felicite. Un abrazo, [*abrazo a Pepe y a Julio*].

ELENA—[*con cariño*] Para mí, Raúl, el abrazo más sincero y cariñoso... [*va a abrazarlo*].

RAUL—[*deteniéndola*] A tí... para después... tú eras la única que no creías en mí... [*Elena queda vacilante y con la vista baja. Silencio. Todos se consierten*].

RAUL—¡Vámonos al comedor para celebrar el triunfo con una copa de champaña. ¡Ah! Les invito al estreno de mi drama. «Los que triunfan», dentro de poco tiempo más.

PEPE—¡Viva Raul, nuestro artista!

TODOS—[*menos Elena*] ¡Viva!

[*Entran al comedor*].

ESCENA ULTIMA DEL PRIMER ACTO

ELENA [SOLA]

PEPE—[*Adentro*] *Se oyen brindis y chocar de copas, comentarios*] Todos creíamos en tu triunfo, ¡todos!

[*Pausa*].

ELENA—[*irónica*] Sí, todos creen... y Raúl también os cree, por desgracia... [*Llorosa*] y yo soy para él, ¡Dios mío! la única que duda!... [*se deja caer en una silla llorando*].

TELON

Acto II.

En Santiago. Una sala escritorio, puerta a un pasadizo y a los lados. A la derecha del espectador, cerca de una puerta, un biombo. Es de noche. En el escritorio una lámpara con pantalla. [batería a media luz].

ESCENA I

ELENA SOLA [LEE]

ELENA—[*Mirando un reloj*] Las diez, solamente... [*piensa un momento*]... Ya habrá pasado el primer acto!... ¡Oh! ¡que inquietud! [*toca un timbre*].

CRIADA—¿Necesitaba algo la señorita?

ELENA—¿No falta nada para el té?

CRIADA—Nada, señorita.

ELENA—Ya sabes que Raul prefiere las galletas a los biscochos.

CRIADA—Sí, señorita.

ELENA—Está bien [*criada vase*] [*Elena se fija en un retrato de Raul, lo coje y lo mira*] De cuando recién nos casamos... tan poco tiempo, y ya Raul parece un hombre que envejece—Aquí, vivo, y

alegre... y ahora con esa melancolía... si el arte parece ser perpétuo otoño... entristece, tan pronto las almas... Y, ¡cuánto aman los artistas el otoño!...

ESCENA II

ELENA Y PEPE

CRIADA—El señor Pepe, señorita [*vase*].

PEPE—[*entrando*] Se leía, se pensaba...

ELENA—Más se pensaba que se leía...

PEPE—¿Se puede saber en qué?

ELENA—Ya lo supondrá Ud... en ese estreno, con el temperamento de Raul tan aprensivo...

PEPE—Estuve hasta poco antes del final del primer acto. No iba mal...

ELENA—¿Sinceramente?

PEPE—¿Por qué me lo pregunta?

ELENA—Entre Uds. hay que hacer siempre esta pregunta. Los he oído tantas veces aplaudir en público lo que censuran en privado.

PEPE—Bromas que nos gastamos entre los del oficio!

ELENA—Que pueden ser de malas consecuencias.

PEPE—Pocas veces... Siempre agradecemos un aplauso en público, aunque se nos censure en privado.

ELENA—La mentira viene a ser en Uds. segunda naturaleza.

PEPE—Y en algunos casos, primera. Se acostumbra uno...

ELENA—Sí, en un estreno no recuerdo de quien, Julio hacía chistes en el palco referentes a la obra, la destrozaba, y luego me dice muy serio: «Bueno, esto no impide que mañana o pasado, salga escribiendo un artículo a favor».

PEPE—Los que somos autores, o estamos en vísperas de serlo, nos guardamos las espaldas... Es un sentimiento muy humano...

ELENA—Pero eso es subir con malas artes...

PEPE—Pero para todo eso hay que tener talento, aún para ser malo... No hay nada más insoportable que un hombre malo sin talento...

ELENA—Ni nada más terrible que un malo que lo tenga...

PEPE—Quizás! En todo caso le evitaré a Ud. la grosería, y él no se pondrá en ridículo... la palabra más terrible del diccionario.

ELENA—Y que tan a menudo, sin embargo, justificamos su aplicación.

PEPE—Menos en el terreno amoroso... Unos ojos grandes fijos en los nuestros, una boca que sonríe prometedora... [*mirándola fijamente*] Justifican una locura... [*bajo y con tono tierno*] ¿Por qué me ha dicho Ud., entonces, que soy un loco... que hago el ridículo ante Ud?...

ELENA—[*tranquila*] Porque no le he dejado adivinar siquiera ni una lejana perspectiva, y sin embargo...

PEPE—¿Y la noche del paseo a los tilos?

ELENA—Basta. ¡Le juro a Ud. que aquello fué una casualidad!...

PEPE—Y la cita, esta noche.

ELENA—[*turbada*] Precipitación mía, no me di las consecuencias...

PEPE—Conozco en su cara que trata de des-pistarme. ¿Para qué? [*la pantalla los ilumina en un crepúsculo propicio a las confidencias. Flota en la sala un ambiente de abandono e intimidad*] Sé que

me juzga malo; pero amándola... Quien es capaz de amar, ya no es tan malo... no lo soy. ¡Qué ambiente de abandono nos rodea!... esta pantalla... esta dulce intimidad... [se acerca a ella].

ELENA—[débil] Calle Ud....

PEPE—...Me parece que es un sueño, que no creí realizar jamás... sólo!... él, tardará en llegar [vá a cojerle la mano].

ELENA—[como despertando a la evocación de Raúl] Basta!.. Calle!... [alarga la mano y tocando un botón eléctrico, enciende la luz de una araña del centro; repuesta] Así estaremos mejor [oyendo ruido en el pasadizo] parece que llega alguien... La voz de don Sebastián...

ESCENA III

DICHOS, SEBASTIAN Y GRACIELA

SEB—[saludando] Hace una nochécita, que ni en Siberia—bueno, yo no he ido a Siberia, pero lo he leído en los libros.

GRAC—¡Pero no está Julio aquí tampoco! ¡En el teatro, apénas lo divisé!...

ELENA—[con inquietud] Y la obra?... cómo vá la obra?...

SEB—Hasta el final del primer acto, bien. Luego el segundo...

PEPE—Lo que le había dicho a Ud. [a Elena].

ELENA—Luego el segundo, dice Ud....

SEB—Como todos los principios de actos... Hay que esperar que se entre en ambiente...

GRAC—A Julio lo ví en el principio del primer acto en un palco, y luego,...

PEPE—[en tono de chanza] Iría al camarín de la primera dama. Es muy bonita... para que lo sepas...

GRAC—A Julio no le gustan las artistas, lo sé, me lo ha jurado...

PEPE—Pero eso no impide que se las vaya a visitar al camarín...

GRAC—Te he dicho que no me gustan esas bromas... y basta!

ELENA—Es decir que Ud. se vino por los nervios...

SEB—Aunque a mis años sea eso ridículo, no lo puedo remediar... Tengo todavía nervios...

ELENA—Lo siento, por las vajillas que Ud. podrá romper, o hará romper...

SEB—Pero es que le ha creído Ud. a don Gonzalo y a Matilde...

ELENA—Lo que creo es que Raúl esta noche va a terminar en el teatro sin amigos. Y eso está mal.

GRAC—Así le decía yo a papá...

ELENA.—Pero la ausencia de Julio te decidió a venirte...

SEB—Si Ud. cree Elena... entónces, volvemos al teatro... [se apresta para salir] Graciela, tu chal...

ELENA—Eso, por nada... Se quedarían en la calle muertos de frío, como el mirlo de don Gonzalo... Y Graciela no dormiría tranquila...

SEB—Pero es que se le murió el mirlo a don Gonzalo?

ELENA—De frío... o de hambre... y le echa la culpa a Matilde, que le abandonó el servicio, para volver a casa.

SEB—Pero es que Matilde...

ELENA—Nos convenció don Gonzalo, y se la cedimos, pero no sé que habrá pasado, que la muchacha volvió al poco tiempo a casa...

PEPE—Y a los dos o tres días de este regreso, nos comunicó don Gonzalo la defunción del mirlo...

ELENA—Oírle a él los detalles de esta muerte, no deja de tener gracia...

PEPE—«Y una mañana de invierno, más cruda que las otras, se me quedó muerto entre las manos, con el piquito vuelto al cielo, pidiendo algo»... [Imita Pepe lo que ha contado don Gonzalo] Si el trozo es hasta literario!...

SEB—[intrigado] Pero ¿por qué se vino la muchacha?

PEPE—Ella dice porque don Gonzalo era muy exigente...

SEB—[bajo a Pepe y con malicia] Pero no ha explicado la muchacha qué género de exigencias?...

PEPE—Sobre eso, la más absoluta reserva...

SEB—[alto] ¿Y él, qué dice?

PEPE—Se circunscribe sólo a la muerte del mirlo, y a hacer su panegírico...

SEB—La avecita era herencia de su padre...

PEPE—«Un ejemplar hermoso, grande, de plumaje brillante y negro, azulando hasta la cola. Poco antes de morir, escondió la cabecita bajo el ala, y una mañana de invierno, etc.»... Esta es la primera parte del panegírico...

SEB—[bajo a Pepe y con gravedad] No lo asaltan a Ud. sospechas?... Cree Ud. que don Gonzalo, todavía...

PEPE—Lo único que puedo decirle, es que si ha habido aventura, don Gonzalo ha sabido darle el barniz de la más fina discreción.

ELENA—[que ha estado conversando con Graciela] ¿Y mucha gente en el teatro?

SEB—Todas las primeras filas, ocupadas por los carabineros...

ELENA—¡Pero quién ha llevado tropa!

SEB—¡Tropa, nadie! Carabineros, son en estos casos los del oficio, dispuestos a disparar al menor traspies.

ELENA—¿Vió Ud a Raúl?

SEB—Un momento, en el escenario...

ELENA—¿Estaba muy nervioso?

SEB—Con una tranquilidad aparente, en estos casos, [a Pepe] Me preguntó por tí... que le estrañaba tu ausencia...

PEPE—Ud. sabe la amistad con Raúl... luego que en los estrenos se producen incidentes...

ELENA—Los dejo un momento... quedan en su caso [sale] [Pepe la mira salir].

PEPE—¡Oh! ¡Qué mujer!

ESCENA IV

PEPE, SEBASTIAN Y GRACIELA

PEPE—Vamos, con confianza. ¿Cómo va aquello?

SEB—Así, así. Le oí decir a Raul, que no debiera haber hecho caso a nadie en ciertas correcciones. Aquí vienen Luz y don Gregorio.

ESCENA V

DICHOS, LUZ Y GREGORIO

LUZ—[entrando seguida de Gregorio que le lleva el manguito, un chal y un ridículo y alguna otra chuchería] ¡Jesús! Ya estaba desesperada... me he venido porque no podía sujetar mis nervios...

GREG—[cargado de todo lo que se ha dicho] [a Luz que habla con Graciela] ¿Luz, puedo dejar todo esto?

LUZ—Nó, porque nos iremos antes que llegue Raul. No tengo carácter para afrontar estas situaciones.

LUZ—Ofí comentar que se había hecho a la obra correcciones contraproducentes...

SEB—[a Pepe] ¿Vé Ud? ¡Lo que le decía!

PEPE—[tranquilo] [a Luz] ¿Y las escenas penúltima y última del segundo acto?

LUZ—Pasaron, nada más. Y luego que hay cosas hasta ridículas por lo ingenuas: una mujer casada que llora después de haber engañado a su marido...

SEB—El arrepentimiento no es ridículo nunca, señora...

GREG—Pero en ese caso... Yo creo... yo opino como Luz: es ridículo...

LUZ—¿Qué dices tú?

GREG—Qué opino como tú. ¿Puedo dejar todo esto, Luz?

LUZ—Bueno. Déjalo.

PEPE—[bajo a Sebastian] Lo premia. La ha conmovido la opinión de su marido respecto a la fidelidad...

MAT—Con permiso.

SEB—Pero que bien está esta muchacha.. Ha ganado... ha ganado... era bien formadita... pero hoy...

PEPE—Una sílfide, verdad Ud?...

SEB—Sílfide... A la verdad, hombre, las prefiero más gorditas. No me han convencido nunca las formas sílfidicas... Diría más bien, una virgen de Rubens...

PEPE—De Rubens... talvez; pero, lo otro... discútalos Ud. con don Gonzalo...

GRAC—[a Luz]. Pero dices tu que sólo has visto un momento a Julio en el palco?

LUZ—Sólo un momento...

PEPE—Resígnate, Graciela... Esta noche la ha dedicado, nuestro artista, a la primera dama...

SEB—Bonita mujer, en verdad.

PEPE—Y, con un gancho fenomenal...

GREG—Sí, dice Ud. bien [alegrándose] con mucho gancho... [a Luz que conversa]. Tiene un bonito escote... verdad Luz que el escote...

SEB—Don Gregorio!... Pero Ud. un hombre tan grave e incorruptible, entrando en esa clase de detalles...

GREG—[grave]. Entrando, nada más...

PEPE—Pero le parece a Ud. poco!...

GREG—Apreciaciones meramente estéticas,

LUZ—¿De qué se hablaba?

PEPE—Del escote de la primera dama... su esposo decía...

GREG—Te aseguro que...

LUZ—Eh! Qué sabes tu de esas cosas... Coge mi manguito y mi ridículo... que pronto nos marcharemos [los coge Gregorio].

GRAC—Tú que eres imparcial: encuentras muy bonita a esa mujer?

LUZ—No tanto. Viste bien. En el segundo acto sacó en el escote un enorme crisantemo color carne, que le venía muy bien.

GREG—Sí, color carne. Era de confundir ambas carnes... ¿verdad Luz que era de confundir?

SEB—Este tío es un vivo y se hace el tonto [bajo a Pepe].

PEPE—[a Graciela]. Lo oyes?... Un hermoso crisantemo color carne, y agrega don Gregorio,

que es hombre serio y entendido en cosas estéticas, «que era de confundir ambas carnes»...

GRAC—Adulón!... adulón!... rabia!

PEPE—Ya se lo preguntaremos a Julio, si era verdad todo eso [suena la campanilla]. A propósito, aquí está.

LUZ—Y quizá venga con Raúl... Y nosotros, ¡por Dios! no nos hemos marchado!...

ESCENA VI

JULIO—Buenas noches. Pero que frío. No han encendido la chimenea.

GRAC—Hola. Traes algo de nuevo?

JULIO—Cómo? Ah. Eres tú, Graciela. No te había visto.

GRAC—Te pregunto si traes algo de nuevo.

JULIO—Pero alguna vez hay algo de nuevo en este Santiago soporífero?

GRAC—Me refiero a novedades del teatro.

JULIO—Ah. Del teatro.

GRAC—Pero tú no vienes de allá?

JULIO—Vengo de allá, pero no me he fijado. Te refieres a la obra de Raul?

GRAC—Precisamente.

JULIO—Como diría... Vaya, que no me he fijado...

PEPE—¿Pero puede Ud. tolerar esta pose ridícula? Dan ganas de decirle algo. Verdad?

SEB—No: Dan ganas de pegarle algo.

GRAC—Por qué estás tan desdefioso. Vaya no seas así, que cuando te veo triste; me agobias. Sonríe, tonto, para ponerme alegre.

JULIO—Que eres exigente, Graciela. Vaya. [sonríe]

GRAC—Es que tienes unas cosas que avasallas, hombre.

LUZ—Pero es que Ud. no puede contarnos nada.

JULIO—Esperen que llegue don Gonzalo.

SEB—Pero ha visto Ud. a don Gonzalo?

JULIO—Y tiene una cara que se le nota claramente el efecto del duelo.

LUZ—¿Qué se le nota el duelo?

GREG—Pero, dice, Luz, ¿qué se le nota?

SEB—Don Gonzalo. [aparece en la puerta].

LUZ—[a Gregorio] Se le nota. [mirando a Gonz].

GONZ—Es más visible de lo que yo creía. Buenas noches. Ya Julio, Ud. aquí.

JULIO—Estaba tan nervioso. Y Ud. también don Gonzalo.

GONZ—Sobre todo Ud. que desde la mencioncita honrosa, está para molestar a todo el mundo... [irónico] por más que aquello es «honroso»... [se revela en el semblante de don Gonzalo cierta tristeza].

JULIO—Si es que no lo puedo remediar: esta neurastenia.

LUZ—Cuenten Uds. algo, como iba aquello?

GONZ—No sabría qué decir... flotaba ese ambiente que...

JULIO—Huele a fracaso...

GONZ—Tanto como eso... Aunque tú, desde el resultado del concurso, todo lo encuentras malo...

JULIO—Esta neurastenia... sí... estoy pesimista...

GONZ—Y te curas entre bastidores...

JULIO—¡Bromas! [coquetón] Amigo, nada más, de esa mujer... Es bonitilla...

GRAC—[Bajo a Julio] ¡Descarado!... Ya arreglaremos cuentas. ¿Y ese crisantemo? ¡Dámelo!

Quiero que me lo des. [*continúan hablando en voz baja*].

PEPE—[a Gonzalo] ¿Y aquella escena del marido con su mujer?

GONZ—¡Ah! Pudo haber resultado mucho. Luego que la galería está dispuesta a molestarse por todo... Y los carabineros de una puntería cierta... Cuando dice el marido a Blanca en aquella parte, «*dame pronto ese pañuelo para convencerme, lo necesito!... dámelo pronto*»... Oigo a un carabinierno, en falsete, «*dáselo que has dejado al pobre con romadizo*»... Risa, que quiso hacerse general... empezaron los chits y yo me fui al escenario, para ver si veía a Raúl, y entonces... no adivinas lo que pasaba en bastidores con Julio! [*sigue hablando bajo*].

LUZ—Y ahora que me fijo... la primera dama llevaba en el escote un crisantemo igual a ese... pudiera asegurar que es el mismo...

GREG—Sí, color carne... sí... color carne... ¿verdad Luz que color carne?

JULIO—¡Vaya, no quiero mentir! ¡Es el mismo!...

GRAC—Son a veces tan imbéciles los hombres. ¡No sé qué encuentran de bonita a esa comiquilla!...

JULIO—Como bonita, nó... tiene gracia, es seductora, tiene aquello que a muchas mujeres falta, el ser...

GRAC—¡Desvergonzada!

SEB—Gracielita!...

JULIO—[*impertinente*] El ser espiritual... digo más bien: encantadoramente espiritual...

PEPE—[*que ha cogido algo, irónico*] Gracielita... ya comprobamos aquello por boca de Pepe... ¿lo oyes?

GRAC—[*despreciativa*] Adulón!...

JULIO—Vean Uds: Hicimos una apuesta. Yo le dije que si se hacía aplaudir en la escena segunda del tercer acto, me ganaba un lunch en la Quinta, y que si no, le ganaba el crisantemo... que todo el teatro le admiraba...

GREG—Lo llevaba admirablemente colocado... Servía de macetero... como decir... de macetero...

GONZ—Servía de macetero ideal para la flor, el ligero vacío que quedaba entre la seda del vestido y la seda de su piel.

SEB—[*admirado*] ¡Don Gonzalo!...

GONZ—[*triste*] Son mis posteros chispazos!

LUZ—[a Julio] Y luego...

JULIO—Que no se hizo aplaudir en la escena aquella, y que el crisantemo... Pero, callad, lo mejor del caso que ella me permitió el alto honor, que de aquel jarrón de Sevres ideal, según figura de don Gonzalo, desprendiera yo tan regio obsequio, pasando la flor al macetero de tosca tela de leznable de mi smoking.

VARIOS ¡Bravo!

PEPE—Y Dicen que han pasado los tiempos de la galería!

JULIO—[*coquetón*] Galantería; talvez, por el cuidado con que yo cegué la flor para que no sufriera la planta...

LUZ—Una escena del Segundo Imperio que recuerda a un Morny.

GONZ—Vaya, que no permito que se calumnie al Segundo imperio! [*todos lo miran admirados*] Sí!... Cuando entré a bastidores a buscar al señor [*señala a Julio*] encontré furiosa a la primera dama,

porque le habían robado su crisantemo, mientras ella estaba en escena, y cosa más original; ahora la flor aparece en la «boutonnière» del autor de «Frivolidades», mencion honrosa del Certámen.

JULIO—Mentira! Ud. me dará una explicación en el terreno...

GONZ—En el terreno?... Llevaré chanclos, porque el terreno está hoy mojado... Ha llovido.

JULIO—Le doy la elección de las armas.

GONZ—Está bien; elegidas: Las tijeras! Y vea Ud. que soy compasivo: elijo lo que Ud. mejor maneja!

ESCENA VII

ELENA—[*entrando*] Pero qué es esto! Quién va a batirse?

PEPE—Haya paz! Se acabó todo.

GRAC—Y para que no haya discordia; desaparezca el cuerpo del delito!

ELENA—Pero ya están todos Uds. aquí, [*señala a todos los que llegaron después que ella salió*]

LUZ—Raúl me disculpará, preciosa, pero los nervios de Gregorio...

GONZ—[*bajo*] Esta señora no encontrando otra salvación, le inventa nervios a su marido...

GREG—Dice bien, Luz... soy tan nervicillo...

ELENA—Raúl terminará solo...

GONZ—Solo, precisamente, no... quedan... quedan todavía en el teatro muchos carabineros... como quien dice la guardia de honor.

ELENA—Cuando llegue, los va a encontrar a todos aquí...

PEPE—A todos, no; a sus íntimos, dirá Ud.

ESCENA VIII

DICHOS E HIGINIO

HIG—[*jóven de treinta años, serio, sincero, antiguo amigo de Raúl, entrando*] Y al que lo fué un tiempo. Señora, Ud. me perdonará que venga hoy después de tanto tiempo de ausencia... Aquello pasó; no tuvimos ni Raúl ni yo, la culpa.

ELENA—Pero qué contento me dá Ud! ¿Ha estado en el teatro? ¿Verdad?

HIG—De allá vengo. Hasta el último momento he estado con Raúl. Nos hemos abrazado al vernos de nuevo después de tanto tiempo.

PEPE—Hombre, Sierra!...

JULIO—Lo conocía sólo por la firma. Lo que escribe no me gusta.

PEPE—Antiguo amigo de Raul. Se habían disgustado, separado, más bien, por chismografía. Raul siempre lo recordaba... Te advierto que es el hombre de las sinceridades y hace escuela de la lealtad.

JULIO—¡Qué grave es eso!... Me cargan estos que se las echan de buenos. Me gustaría conocerlo... Dicen que será el director de la gran revista «Bellas Letras» yo me intereso por la plaza de crítico.

PEPE—No tengas cuidado. Medio soy su amigo. Pero, ¡qué extraño volver en esta circunstancia!

ELENA—¿Dice que ha estado con Raúl?

HIG—Quedó hablando con el director. Se trata de reformar la obra.

ELENA—¿Pero gustó?

HIG—Si he de ser sincero, diré que nó.

ELENA—¿Y él cómo está?

HIG—¡Ud. conoce a Raúl! Tan aprensivo.

LUZ—¿Pero está entonces Raúl desolado?...

HIG—En estos casos...

LUZ—¡Gregorio! Mi Manguito, mi chal, mi ridículo... Yo no tengo carácter para afrontar estas situaciones...

ELENA—Pero ya no te irás. Tomarás té con nosotros... [*hablan en voz baja*].

HIG—[*a Pepe*] Cómo está, Pepe. No lo había visto. Lo felicito por su segundo premio. [*serio*].

PEPE—Un amigo quiere conocerlo... [*presenta*] Julio del Valle y Prado.

JULIO—Conocía a Ud. mucho por la firma, i siempre he tenido debilidad por sus cuentos. No lo puedo remediar... Lo admiro a Ud. Tiene que resignarse

HIG—[*serio*] Todos nos conocemos. He leído muchas veces sus críticas y sus crónicas. Sus crónicas no me gustan. Tuerce Ud. su personalidad en ese género ligero y amable. Sus críticas, ya es distinto... Está Ud. en ellas muy en carácter!...

JULIO—Y ya tenemos director para «Bellas Letras». Es una garantía contar con gente de su buen gusto para eso...

HIG—Se hará algo...

JULIO—Vea Ud. yo me interesaría... [*siguen*].
SEB—Aprovecho entónces para dar a Ud. el pésame, don Gonzalo.

GONZ—Como le decía a Ud: desolado! .. «una mañana de invierno, más fría que las otras...

SEB—Moriría de hambre... quizá un olvido. Avechitas tropicales que necesitan esquisitos cuidados, i calor, mucho calor!

GONZ—En eso Matilde ponía suma atención, todos los días a sus horas...

SEB—[*malicioso*] Quizá moriría por exceso de atención. . se dan casos...

GONZ—[*Don Sebastian!*... No bromea Ud. que estoy de duelo... un verdadero duelo! ..Era herencia de mi padre... «Un ejemplar hermoso, grande, de plumaje brillante y negro»...

SEB—[*aparte*] Me colocó el panegírico...

SEB—He sabido que Matilde...

GONZ—Se volvió con Elena.

SEB—Pero la muchacha está muy bien, pero muy bien!...

GONZ—No la he visto... Hace tiempo... Dice Ud. que bien? ..

SEB—Vea Ud. las líneas más acentuadas, la cara, la...

GONZ—Detalle, detalle Ud, todo lo que quiera, que ahora puede hacerlo sin consecuencia alguna...

SEB—¿Recuerda la estrofa clásica, allá, en el campo?

«Flérida para mí, dulce y sabrosa».

GONZ—¡Ah! «Dulce y sabrosa» [*como evocando*] ¿cómo influyen en una vida dos míseros adjetivos! ¡Y hay quien se ríe de la gramática!...

ELENA—Como les digo: es para él todo un golpe. Esta mañana Raúl amaneció más contento que nunca, cantaba, silbaba; abrió la ventana que dá al jardín, y parecía que todo lo conmovía. Me cogió del brazo, y nos dimos un beso en el balcón abierto, aspirando el aroma de las violetas. Luego cogió un diario de la mañana, y todo cambió. Acababa de ver en la sección «teatros» que un revisero ponía en duda el éxito de su obra. Y ya lo olvidó todo, fijos los ojos en las cuatro líneas ne-

gras de aquella gacetilla anónima que tenía más poder que la vida y que el amor!... [*Suena la campanilla*] Es Raúl... son sus pasos!

ESCENA IX DICHOS Y RAUL

RAUL—Buenas noches.

ELENA—¡Raul!...

RAUL—[*pasa la mano por el hombro de su mujer correspondiendo. Mira a todos*] Estábais ya todos aquí... Muchos no habréis visto el final... Ya sabréis el resultado por Higinio...

PEPE—Que te quede la satisfacción de haber sido sincero con tus ideas...

RAUL—Perdona que te diga una cosa... Nos hemos equivocado... diré más bien... te equivocaste, tú...

PEPE—[*incomodado*] ¡Cómo!...

RAUL—No te inquietes... Y me arrastraste a mí en tu equivocación...

TODOS—¿Cómo?

RAUL—Nó... Comprendo que obraste de buena fé, al aconsejarme que cambiase todas aquellas escenas, cuya ausencia hace fracasar la obra.

GRAC—¡Ya lo pensaba yo!...

SEB—¡Calla, muchacha!

PEPE—Jefe que aquello, como estaba era vulgar, demasiado efectista, y te aconsejé...

RAUL—Sí, te creo...

PEPE—¡Eh! Sonríe tú de todo esto. Un semi fracaso, en los hombres como tú, es una verdadera réclame ..

HIG—Se equivoca Ud. Pepe. En los temperamentos como Raul, un traspies significa mucho. No porque no se pueda reponer de él, sino porque hay espíritus delicados que sufren, que tienen ese rubor precioso literario, que tan pronto pierden otros, junto con la lealtad y la honradez... [*alusivo*].

GRAC—[*a media voz*] ¡Muy bien dicho!...

SEB—[*bajo a Gonzalo*] ¡Si es de anotar estas palabritas!...

GONZ—[*a Pepe*] A ver tú, Graciela, que eres aficionada a anotar frases de hombres célebres... Higinio es más que célebre en este instante: es héroe!...

SEB—No se comprometa... que me parece que en este instante todos nos vemos el fondo de los espíritus...

HIG—Un fracaso no es tan solo un golpe a la vanidad, es un dolor más íntimo, más profundo: es una esperanza que muere.

RAUL—Tu me comprendes. Lo que penas y angustias fueron en nuestra sala de trabajo, se cambian para el público en una mueca de aburrimiento, o en una sonrisa de desdén.

HIG—Déjate de hablar niñerías... Se acabó.

LUZ—Yo no sirvo para afrontar estas situaciones.

GREG—Ni yo tampoco: se me erizan los nervios. ¿No se le le erizan a Ud. los nervios? [*a Gonzalo*].

GONZ—Hombre, no quiero presumir: eso ya pertenece a mi historia antigua.

CRIADA—El té está servido, señorita.

JULIO—Única palabra reconfortante en esta situación.

RAUL—Un momento. Ya estoy con Uds...

ELENA—Has mis veces, mientras tanto acompaña a Raul [*a Luz*].

GRAC—[a Julio] ¡Ya verás...! [amenaza].

JULIO—¿Pero no te contentas con el destrozo del crisantemo?...

GRAC—Es sólo el principio de las hostilidades...

ELENA—[a Pepe al pasar] Venga aquí, mientras estén en el comedor...

SEB[Por criada que arregla un florero]—¿La vé Ud?... ¡Qué opulencia! ¡Qué caída de líneas y de curvas...

GONZ—Calle Ud. hombre, a nuestros años, ya estamos en el curso del amor, en calidad de oyentes.

ESCENA X

ELENA—[entrando por donde salió, misteriosamente. Toca un timbre. Viene criada] [a criada] Cuando yo apague la luz de esta sala, sin consultármelo, entras por la galería y dices a Raul que vaya pronto al comedor. ¡Véte! *sale criada por el fondo*].

[Pausa en que queda Elena un momento sola]

ESCENA XI

ELENA Y PEPE

PEPE—Cree que no podría hablarla esta noche. Estoy dispuesto a todo... sépalo Ud... a todo... Compréndame Ud. decidase por fin... [Raul sale y queda oyendo tras el biombo] Mañana, a las cinco, en la Quinta... las avenidas están solitarias en Otoño... nadie sabrá nada de todo esto... Ud. pensará ¿y él...? ¡Bah! Será su castigo por haberla abandonado... por una reputación que no merece... El nunca será nada... es débil... será como engañar a un niño, que no merece otra cosa... Sí... mañana, a las cinco... la esperaré... Elena... mi adorada Elena... [todo esto dicho lento y apasionado].

RAUL—[que ha estado oyendo lo último con pro-

funda inquietud, sale tras el biombo] ¡Canalla!... lo he oído todo... tú!... tú!... canalla!

PEPE—¡Ah! ¡Un lazo!... ¡Lo has oído todo!... Mejor. Me alegro. Pero antes, pregunta a tu mujer cuando me abandonó la mano la noche del paseo a los tilos...

RAUL—¡Miserable!

ELENA—¡Quise probarte!...

RAUL—¡Como!...

PEPE—Ja... ja... ja...

ELENA—Sí... ¿a quien le creéis? ¿a mí o a él?...

RAUL—A tí...

PEPE—¡Imbécil!...

RAUL—¡Canalla!

PEPE—[quiere hacerle frente, más luego, se vuelve, despreciativo] ¡Eh!...

ELENA—Déjalo irse. Mejor..... Y ahora..... [Pausa].

RAUL—Ahora, a no separarnos nunca... El humo de la gloria ponía una venda ante mi vista que me ocultaba tu amor y la dicha de vivir. Y ahora a amarnos para siempre y por lo tanto, a vivir!...

ELENA—¿Y la gloria?

RAUL—La veremos pasar junto a nosotros como humo dorado de nuestra existencia, y de tiempo en tiempo cojeremos algunos de sus copos, y haciendo fantasías de ellos, como las niñas con las pompas de jabón, ennobleceremos nuestra vida...

[se oyen voces en el comedor].

VOZ—¡La gloria...! ¡amante de los artistas...!

OTRA VOZ—Por el arte.. ¡viva el arte!

VARIAS VOCES—¡Vival!

ELENA—¿Los oyes?...

RAUL—Hablan de arte, de gloria... Burbujas de humo dorado que pasa... Veámoslo pasar, pero amándonos siempre!...

TELON

